

## EVOCAION DE LA VIDA Y LA OBRA DEL PINTOR MATIAS MORENO

Excmas. e Iltnas. autoridades:

Iltnos. señores académicos:

Señoras y señores:

Con la misma fe, con la misma sencillez que un peregrino entra en el santuario de su devoción, así es como ha entrado hace unos instantes, por la puerta que da paso a esta magnífica mansión, mi visionario perfil, peregrino del Arte y de la emoción...

Vengo cargado de añoranzas y recuerdos que desgranaré aquí junto a vosotros, junto a estas amplias paredes, en donde se quedaron dormidas en el sueño de la eternidad las maravillosas hojas de la parra, de la yedra y de la higuera. Ahí están enlazadas, entre la cuadrícula y la traza de las yeserías, como si fueran trenzas de pelo, de las mujeres árabes o judías. Para nosotros además de todo ese enredo síntesis del simbolismo que reflejan, está la manifestación de todo un pasado.

Por lo tanto, esta hermosa y noble mansión no puede ni debe ser para otra cosa, que para lo que está dedicada por esta Real Academia: ennoblecer el Arte y ensanchar la cultura. Puesto que el local es sagrado para el espíritu, sagrados son también estos precisos momentos para el que os habla, que ante la realidad del acto, mi ánimo se encuentra un poco cohibido. Ya saben que mi campo no es el de la palabra. Los artistas somos un tanto retraídos. Tenemos otro lenguaje para decir las cosas. Este lenguaje, es el que llevamos dentro y con el que constantemente dialogamos en nuestro interior.

Pero un día fui elegido miembro Numerario de esta Real Academia, y siguiendo la costumbre establecida, hoy me corresponde inaugurar este curso con unas palabras. Palabras de gratitud y agradecimiento para todos cuantos componen esta corporación. Hoy vengo a ocupar este puesto inédito para mí. Y es, esta especie de tribuna donde tantas y tan buenas cosas se han dicho en el correr de los tiempos; aunque no sé si mi humilde palabra será capaz de mantener el puesto tan elevado que este lugar exige. Pero al menos estoy aquí para intentarlo, para tratar de distraeros unos momentos con la apasionada vida y la obra valiosa de otro artista, que quemó las horas de su existencia en el altar de la cultura y de las Bellas Artes de esta ciudad de Toledo.

Pero antes de pasar adelante, permítanme que, como homenaje póstumo, pronuncie aquí los nombres de dos académicos que también pasaron por este Salón, dos nombres que quedaron vinculados a la historia de esta Real Academia toledana. El primero, el de un culto sacerdote, incansable peregrino de la historia, entrañable amigo, don Casimiro Sánchez Aliseda; el segundo, el que durante tantos años fue primer representante de la pintura toledana y también profesor mío, don Enrique Vera y Sales. A los dos, por sí mismos y como representantes de otros, quiero testimoniarles mi sentido recuerdo.

Y tras de este preámbulo obligado, por la gratitud y el afecto, pasemos ya al tema de nuestro relato de hoy: "Evocación de la vida y la obra del pintor Matías Moreno.

\* \* \*

Hace ya años, desde que entré en esta sufrida Toledo y sobre todo desde que comencé a frecuentar la Escuela de Artes y Oficios, oí hablar constantemente de don Matías Moreno. Incluso acaricié bastantes veces un busto de él, que andaba perdido entre otros muchos modelos y que a mí me atraía, sin saber muy bien por qué; quizá porque su indumentaria le distinguía de todos los demás, copias todas de cabezas griegas y romanas, mientras que éste era una cabeza más de nuestros días. Recuerdo que tenía un chambergo que le caía sobre la frente y del que sobresalían cabellos rizados, en forma de melena; un cuello duro, del que se destacaba un lazo grande, de artista. La cara era redonda, con ojos penetrantes, perilla y bigote

velazqueños; un trozo de la capa acariciaba los hombros y el resto colgaba sobre la peana, donde se le unían una paleta de pintor y unas hojas de laurel.

—Este busto, me decía el señor Pablo, aquel hombre simpático y excelente vaciador, que tuvimos en la Escuela tantos años, éste se lo hizo un amigo suyo, don Federico Latorre; es macizo, pesa como plomo. Pues bien; quién iba a pensar que, al cabo de los años, tuviera que ser yo, el que acarició aquella cabeza de escayola tantas veces, quien se encargara de sacarle del olvido y de la soledad en que ahora se encuentra este incansable artista, que tanto hizo y tanto trabajó para levantar la cultura toledana.

Con gran sentimiento hemos de reconocer que aquí, en Toledo, se mueren los hombres como se mueren las tradiciones y las leyendas; lo mismo que se desgranán sus rocas, para caer en el vacío, esas rocas que forman desgarradoras pendientes hacia el profundo cauce del Tajo. Y de Matías Moreno podemos decir que fue un pedazo de esas rocas pues, como ellas, su vida se desgarró brutalmente y cayó al vacío; pero no por las pendientes que bajan al río, sino por otras más escabrosas aún que existen aquí, en Toledo, donde la memoria de los hombres no tiene acceso fácil. Así sucede hasta que un día cambia la marea, se rompen las viejas horas del tiempo y la fuerza contenida en el inquietante y sufrido espíritu del artista, se desata y trata de tomar vida, alzándose y luchando en nuestro interior para que, en estos momentos decisivos, tratemos de sacarlo a la luz. No hemos encontrado sobre Matías Moreno todos los datos que hubiésemos querido; pero, al menos, diremos los que han estado a nuestro alcance. Nuestro deseo es sacar su nombre y su recuerdo del punto muerto en que se encuentra, para que se le conozca y para que ocupe entre nosotros el puesto que como pintor le corresponde, aunque sólo sea por unos momentos... Estoy seguro que su alma lo agradecerá.

Matías Moreno vino al mundo en el año 1840, en Fuente de Saz, pueblecito del Jarama, provincia de Madrid. Hemos intentado comunicarnos con las autoridades de este lugar, sin obtener respuesta alguna. Por ello no sabemos exactamente el día de su nacimiento, ni tampoco el mes; como tampoco quiénes fueran sus familiares. Sí hemos hallado su partida de defunción en la parroquia de Santo Tomé, donde dice ser hijo de Vicente y de María del Carmen.

Con estos escasos datos, pasamos al día 1.º de junio de 1858,

fecha en la que figura con el número veinte en la clase de colorido y composición de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, dirigida por don Federico de Madrazo, quien le otorga la calificación de sobresaliente. Tiene en esta fecha, 18 años. Luego su nacimiento es el 1840.

Cuando Matías Moreno llegó a aquella clase de colorido, tuvo que medir sus fuerzas con los demás, copiando hasta el máximo las proporciones y el detalle del modelo; pues en aquellos tiempos no se improvisaban los pintores, como es corriente que se improvisen ahora. Para llegar a ser algo en las Bellas Artes eran precisos muchos años de lucha y de sacrificio, y sobre todo grandes esfuerzos en el trabajo. Entonces no existía el autoencubrimiento de nuestros días; había que pasar por la clase desde su comienzo hasta su fin, con paso lento y seguro, sin marrullerías. Y menos ante aquel profesor que era Madrazo, no sólo pintor de detalle, sino hombre cultísimo y pulcro, intransigente en todas sus manifestaciones.

De allí, de aquella clase, había salido unos meses antes para Roma un jovenzuelo tímido y apocado, que se llamó Eduardo Rosales. Con él viajaban otros condiscípulos, llamados Vicente Palmaroli y Luis Alvarez, quien tuvieron la generosa idea de compartir sus becas con el pobre Rosales que, pese a valer más que todos ellos, no la pudo conseguir. Así pues, aquella vacante dejada por Rosales en la clase de colorido, como primer alumno de ella, es ocupada ahora por Matías Moreno.

Sabemos también por su amigo y condiscípulo, el citado don Federico Latorre, miembro de esta Academia y Profesor bajo la dirección de Moreno en la Escuela de Artes toledana, que en el año 1860 al 1862, todavía seguía figurando éste entre los alumnos más sobresalientes de San Fernando y que, además, era conocido por sus condiscípulos como "Moreno el Guapo", para distinguirlo de otros dos compañeros de igual apellido: otro, titulado "Moreno, el Feo" y el granadino Gómez-Moreno, padre del insigne historiador, quien también recuerda a nuestro pintor en algunos de sus escritos.

Pero ya en esta época, sigue diciendo el Sr. Latorre, estaba Moreno perdidamente enamorado; trabajaba con ardor y firmeza, para crearse una posición que ofrecer a la dueña de su alma. "Por no perder unos minutos de pintura o para emplearlos en dulcísimo coloquio" dice, "nunca pudimos acarrearle a las giras campestres, ni a otros actos de juvenil expansión". Otra nota interesante es que se

pasaba muchísimas horas en el Museo del Prado, copiando a los buenos maestros.

Esto último lo hemos podido comprobar personalmente por el montón de copias, de tamaño reducido, que trajo consigo cuando vino a Toledo y que todavía se conservan, de cuadros de Velázquez. En estos años es cuando conoce, entre ida y venida al Museo, a Mariano Fortuny, que le presenta su amigo y discípulo Ricardo de Madrazo, hijo de su profesor y quien habría de ser, dos años más tarde, cuñado de Fortuny.

Poco tiempo transcurre desde que termina sus estudios hasta que consigue, en difíciles pruebas, una plaza de Profesor de Dibujo, ingresando por tanto en el escalafón oficial de catedráticos, el 17 de abril de 1868, con el número 318. Y como primer destino, viene al Instituto de Toledo.

O sea que con su edad de 28 años tenemos ya a este artista, joven refinado y exquisito, que se nos entra en el laberinto toledano, por una puerta sin salida. Una puerta por la que hemos entrado otros muchos; una puerta que no conocen los toledanos, porque para ellos no existe. Es una entrada algo misteriosa pues, cada vez que pasa por ella el alma de un soñador, se cierra herméticamente; su finalidad es dar paso, pero no dar salida. Tiene un equilibrio de profundidad limitada, que ahoga por completo la respiración del más fuerte; y es que hay algo extraño en estas viejas, en estas desvencijadas murallas toledanas, algo que aprisiona a hombres que, en su constante caminar por la vida, llegaron aquí y ya no pudieron salir. Aquí gastaron sus fuerzas, y aquí consumieron sus días.

Una vez en Toledo Matías Moreno procura enseguida buscarse un sitio donde poder trabajar y, para ello, adquiere casi todo ese cerro que baja desde el colegio de Doncellas Nobles, que fundara Siliceo, hasta el monasterio cisneriano de San Juan de los Reyes. Aquí, entre los escombros del que fue palacio del duque de Maqueda, conocido vulgarmente como "Palacio de la Cava", planea y construye una casa-estudio, amoldada a sus necesidades y sus gustos. Trabaja incansablemente, dicen sus amigos; de día y de noche, tan pronto como maestro de obras como de humilde peón, hasta que ve coronada su idea. Y una vez terminada la obra, al acabar sus clases del Instituto se encierra en su nueva colmena donde el arte va tejiendo sus más bellos ideales.

Todo esto era el paraíso, donde se movía la figura de este hombre

excepcional, de porte elegante, con una gran *pose* de artista por los cuatro costados y que, al mismo tiempo, eran un gran soñador. Le gustaba vivir solo, al calor tranquilo de aquel nido de golondrina volandera que, con su esfuerzo, se había construido. Allí, junto a su caballete y a sus pinceles, pasaba las horas del día y parte de la noche, trabajando sin descanso, con su mujer de modelo, y así se iban sucediendo unos cuadros detrás de otros.

Don José Vera, gran pintor contemporáneo de Moreno, en un artículo dedicado a éste nos dice que “fue una gran suerte para la formación del artista Matías Moreno, haber sido guiados sus primeros pasos por Federico de Madrazo, uno de los más meritísimos pedagogos de la pintura española; pues de sus acertados consejos y elevado criterio, unidos a la corrección y elegancia de su atildado estilo, recibió y asimiló exquisiteces de gusto y ejecución que le acompañaron hasta sus últimos momentos”.

En otro lugar nos dice también don José Vera que “cimentada su educación artística sobre tan firmes y ricos pilares, sus primeros cuadros (como el de *Alfonso X plantando el pendón de Castilla en aguas de Algeciras*) y algunos retratos notables, le descubrieron ante el público como la esperanza de un astro de primera magnitud, que llegara fulgurante al cielo de nuestro arte”.

Desconocemos por completo el cuadro que aquí menciona el Sr. Vera, e ignoramos igualmente su paradero actual. Lo que sí he podido admirar con creces, en casa de los Sres. de Aguado, es un retrato admirable que pertenece a estos tiempos primeros, seguramente retrato de su mujer, quien vino de Madrid con él y le acompañó constantemente, sirviéndole de modelo en numerosas ocasiones y alentándole en sus primeros pasos toledanos. Este cuadro, a primera vista, nos hace pensar precisamente en Madrazo, ya que se advierten en él dos influjos esenciales: primeramente el amor que debió sentir por aquélla mujer; en segundo lugar, el recuerdo, todavía cercano, de su maestro. Debió pintar esta obra con una pasión extraordinaria, como una ilusión desbordante, pues todas las dificultades que lleva consigo pintar un buen retrato están aquí superadas con mucho.

Las sedas azuladas del vestido ampuloso, contrastan admirablemente con una especie de capa de terciopelo blanco, que sostiene la bella mano izquierda, ricamente ensortijada; mientras que la mano derecha se eleva para colocarse una hermosa rosa sobre el elegante escote. El óvalo de la delicada cabeza nos atrae, por la penetrante

mirada de unos ojos pardos que se clavan en el espectador. El pelo es negro, recogido hacia arriba, en peinado característico de los años en que se pintó; mientras que por el cuello se desgranaban y cuelgan las blancas perlas de unos largos collares. Al contemplar esta bella obra llegamos a la conclusión de lo mucho y bueno que Moreno podía habernos legado si, en vez de hacer sus oposiciones y venir de catedrático al Instituto de Toledo, hubiera conseguido una beca para ir, con sus amigos Rosales y Fortuny, a Roma. Estoy seguro de que Moreno hubiera sido bastante más de lo que fue; quizá el Gran Pintor de la época pasada. Y es que, a veces, lo que creemos bueno por un lado, por el otro nos perjudica.

Después de este retrato, sigue pintando con más fuerza, conservándose de esta época infinidad de apuntes y estudios de cabezas de la mujer toledana, hechos con una gracia y una frescura de color que sólo pueden proceder de la hábil mano de Matías Moreno.

Es también en estos primeros años de su vida toledana, cuando le suele acompañar otro amigo entrañable, soñador como él, Gustavo Adolfo Bécquer. Juntos recorren las callejas, juntos se introducen por los distintos barrios, donde admiran las pétreas portadas de barroqueña, coronadas de escudos blasonados. Entre los detalles que más los atraían estaban las ventanas, protegidas por bellos y distintos tipos de rejas que entonces, era costumbre muy extendida que se adornasen con flores, por las manos delicadas de las bellas toledanas. También les atraen los patios, donde se hacía una vida casi conventual por los diversos vecinos, en una época en que Toledo estaba casi intacto, antes de llegar hasta la ciudad las modas y los modos de hoy. Matías Moreno está entonces alegre, en pleno dominio de sus facultades de artista para poder observar y captar con sus pinceles el paisaje de Toledo; unas veces a pie, otras a caballo, recorre las orillas del río. Allí encuentra las Tenerías, los batanes ya medio en ruinas, los viejos molinos, la Casa del Diamantista, esto por un lado; por otro, está el pedregoso paisaje cigarralero, donde pueden encontrarse con facilidad los albaricoques pecosos, las bíblicas olivas y las mozas cigarraleras rebosantes de hermosura.

Todo esto le atrae y lo mismo pinta las riberas del Tajo, los bellos encantos de los antiguos molinos o los tipos curiosos que se encuentran por sus alrededores o que vagabundean por allí. Uno de sus cuadros es la Casa del Diamantista, con un grupo de figuras en primer término donde una gitana echa las cartas a dos gráciles joven-

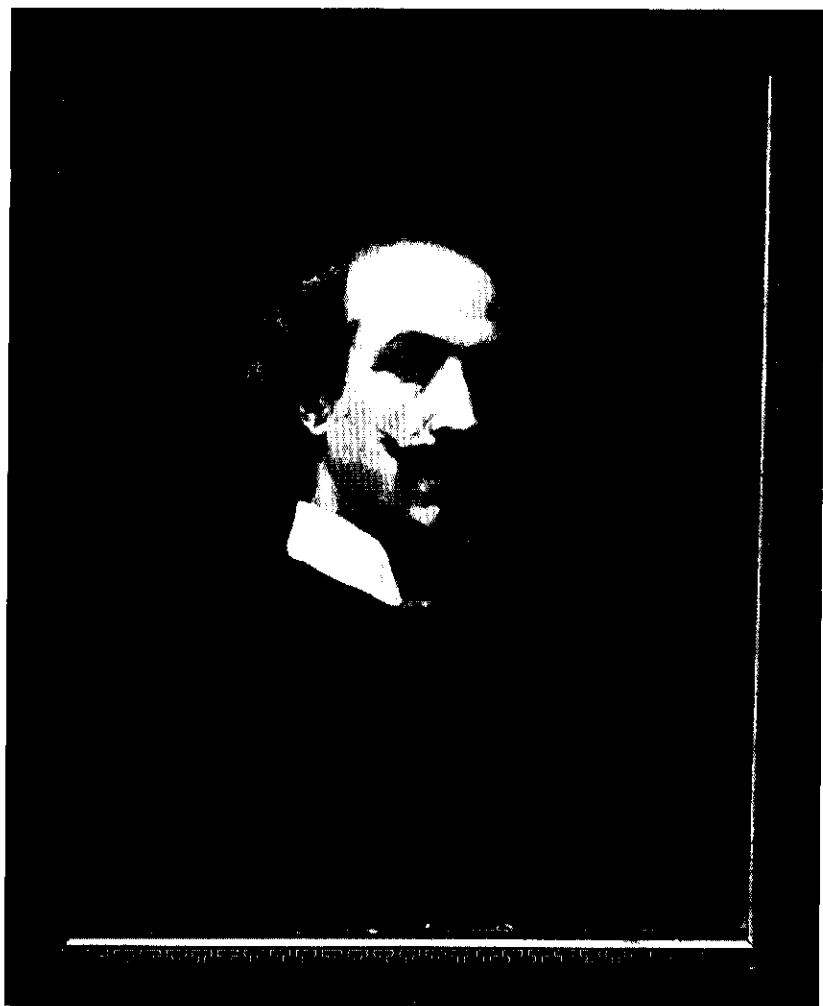
zuelas; al fondo, las quebradizas laderas que se descuelgan desde la ermita del Valle, dejando sus reflejos en el agua mansa del río. De esa agua, de las ninfas cantadas por Garcilaso, que pasa y no vuelve; y mientras trabaja, disfruta de todos los tesoros que le muestra la naturaleza, soñando a la vez con sus bellas creaciones. Pero ya por un lado le va acechando la desgracia, para jugarle una mala pasada. Pues en esta época, aun feliz, en que se desenvuelve nuestro artista, el amor influía como siempre en el destino del hombre, dependiendo de aquél el éxito o el fracaso de una vida. Y entonces mas aún, pues estamos en los últimos años del pleno Romanticismo.

Matías Moreno estuvo enamorado locamente, como ya hemos visto, y desde sus primeros años de artista, de una mujer elegante y de familia distinguida, con la que se casó y con la que tuvo una hija, María. Y esta situación, perfecta en apariencia, no fue duradera. Precisamente por aquellos años es cuando Ricardo Arredondo, turolense pero con familiares en Toledo, abandona su primer proyecto de ingresar en la Academia Militar y desea ser pintor, convirtiéndose en discípulo —seguramente el predilecto, dadas sus excelentes cualidades artísticas— de Matías Moreno. Este deposita su confianza en él y Arredondo, no solamente aprende con Moreno a pintar, sino que sigue paso a paso las mismas huellas del maestro, tratando de imitarle pero sin superarle. Esto lo hemos comprobado viendo las obras de uno y otro.

Pero lo grave no es que Arredondo tratara de imitar a su maestro, cosa en principio lógica en un discípulo; sino que un buen día, sin duda de esos nublados en que nos envuelve la pesada nostalgia de la ciudad, Arredondo aprovecha la ausencia del maestro y, en una de las muchas visitas que hacía a su casa y al estudio, le arranca la prenda de más valor que Moreno tenía en su casa: su propia mujer.

Y así, cuando estaba Matías Moreno en la plenitud de su arte, plenamente encajado y feliz en su casa, con su esposa y su pequeña hija, en sus trabajos profesionales y en sus realizaciones artísticas, su discípulo preferido deshacía, de un solo golpe, toda su paz y su armonía familiar. Esto parece un poco novelesco, pero desgraciadamente fue así. Uno de sus condiscípulos, amigo de Moreno, nos dice que "A Matías le pasó lo que a tantos seres elegidos por Dios y marcados por El con el sello de la desgracia. Encontró la felicidad, pero para perderla". Otro añade que "Matías Moreno nació artista; no vivió más que para el arte, era un soñador, un romántico, porque





Matías Moreno en 1879. Oleo de Ricardo de Madrazo, 64,5 × 52 cms.,  
dedicado en el ángulo superior derecho: "A mi querida amiga María  
Moreno, Ricardo de Madrazo. Toledo, 1879". (Colección J. Aguado.—  
Foto San José)



Estudio de mujer, óleo de Matías Moreno  
(Colección J. Aguado. — Foto San José)

en su época no podía ser otra cosa". Amigo de Bécquer, admirador de Espronceda y Zorrilla, siguiendo a Arolas en sus delirios orientales, admirando ante los dramas trágicos de Shakespeare, fue desgraciado porque no estaba preparado para las luchas con la maldad o con la vida. Amaba todo y todo lo creía bueno y honrado; pero la realidad se encargó bien pronto de mostrarle que vivía en un error. El amor le burló y le traicionó la amistad; mimado como ambicionaba su corazón, tuvo que vivir aislado, solo, llorando sobre las ruinas de su hogar destrozado por el vendaval de la ingratitud, como los hebreos de lord Byron lloran sobre la Babilonia devastada...

Por esto es por lo que creemos que la mujer en la vida, y sobre todo la de un artista, es la que marca los grandes límites entre lo que es la luz y lo que es la sombra. El amor profundo que él sentía desde los primeros años en que llegó a Madrid, por aquella mujer que le traicionó y le dejó en el abandono con una pequeña criatura, fue un golpe demasiado duro para un hombre tan sensible como era Matías Moreno.

A partir de este momento, vive solo y atormentado, con su hija pequeña, dentro ya del engranaje y del misterio de ese cerro pelado y solo frente al velatorio de San Juan de los Reyes, más arriba de la puerta del Cambrón, donde había nacido una nueva leyenda que él hubiera preferido enterrar antes de que saliera a la luz del día y se contara de boca en boca. El estudio que se construyó, con su sudor y con su esfuerzo, le estorbaba, como le estorbaba el tiempo, las horas, el ambiente y hasta el aire que pasaba por aquel sitio. Estuvo sin coger los pinceles algún tiempo; pero al fin, aconsejado por sus buenos amigos, lo hizo otra vez aunque sin ganas y sin ilusión. Sus pinceles se mueven ya cansados y el color se le ensucia en su paleta; podemos decir que el gran pintor que era Matías Moreno, se acaba en esta fecha, cuando ya la vida le ofrece sólo dudas e inseguridades.

Entramos así en una nueva y ya decadente etapa, sin alma y sin ilusión, volcado sobre un romanticismo dramático del que no saldrá ya en los años que le restan de vida. Pinta por pintar; se entretiene desde allí mismo, desde el mirador de la vieja muralla donde se asienta su casa, y pinta precisamente ese lejano y nebuloso horizonte por donde él extiende su tranquila mirada, que deja perderse tras la corriente del río, mezclándose con la maleza verde de la Vega y difuminándose en la lejanía, buscando ansioso el bramido del mar. Los cerros de la Venta de la Olivilla y los que rodean a la lejana Bastida,

se arropan con una capa gris, verdinegra, mientras en el cielo se abre una especie de alfombra sobrenatural; las nubes juegan alrededor de los últimos destellos del Sol, cruzándose en mil pinceladas diferentes. Quien no conoce estas puestas de sol toledanas no sabe lo que es belleza. Son brutales para el pintor que las quiere aprisionar en un momento, mientras los fuertes colores, lo mismo se encienden que se apagan o se vuelven al contrario, jugando al claroscuro con el fin de que no los pueda aprisionar el artista, al que vemos en silueta recortada sobre una aurora boreal, donde se entretiene manchando sus pequeñas tablitas, en las que le gusta tomar sus apuntes para luego pintar cuadros de más empeño. Así van pasando las horas, va entreteniendo su vista y al mismo tiempo, distrae los recuerdos de su aca-lorada imaginación.

Parece que la música era también otro tema que le dominaba entonces, lo que es natural en un artista. Dicen que muchas veces, cuando no pintaba, se entretenía en tocar el violín o la guitarra. Y no había concierto importante ni estreno de ópera en Madrid, en los que no estuviera presente con su gran entusiasmo y su debilidad de hombre dolorido.

Tampoco por la noche encontraba sosiego y dedicaba gran parte de ellas a recorrer los rincones apartados de las entrañables plazas toledanas. Su sombra se pierde entre la otra sombra, para surgir otra vez más adelante a la luz de un pobre farolillo que le saluda, porque ya le es familiar. Otras veces ha de levantarse el ala del chambergo para oír mejor esos lamentos quejicosos que brotan de las estridentes cadenas, al rozar el muro, con que se agitan las campanas conventuales. En algún callejón se oyen los cantos espirituales de unas monjitas, que cantan sus maitines, agrupadas dentro del coro. Así sueña nuestro pintor, de esta forma se convierte en el solitario desvío de su quehacer, acordándose de aquellas otras noches en que a Gustavo Adolfo Bécquer y a Núñez de Arce los quisieron prender porque se encaramaron uno sobre otro, para estampar sus firmas en el friso plateresco de la portada del Convento de San Clemente el Real. Bella portada, y único ejemplar del más puro renacimiento español que hoy se nos está desmoronando en el más silencioso desvío. Ahí están, guardadas en el polvo del olvido, las firmas de los amigos de Matías Moreno el solitario.

De esta época soñadora es el bello cuadro que tenemos aquí, propiedad de la Academia. Soñando como soñaba él, no se puede per-

cibir otro tema que éste, el de los sueños; sueños de Hamlet, sueños de Segismundo, sueños de Matías Moreno... El tema era difícil para desarrollarlo con los pinceles, pero ahí está, tal como lo concibió el artista y tal como lo pintó el pintor. Aquí no vamos a entrar en descripciones del cuadro porque ustedes lo tienen ante los ojos. Lo que sí quiero decirles es que ahí tenemos representados ejemplarmente los dos sueños; el sueño caliente que nos da la vida, y el sueño frío que nos da la muerte.

Enorme filosofía la de Matías Moreno. El mármol del muerto, y la carne del vivo. Cuadro eterno, que puede figurar dignamente en cualquier Museo del Mundo. Tanto por el tema como por la delicadeza con que está pintado. Este es el mejor elogio que podemos hacer de este pintor. Piensen si este hombre debe de estar olvidado aquí, en las entrañas de este monte pelado de los siete pecados capitales.

Después de éste, vienen otros muchos cuadros más, a cual más interesantes y con temas sentimentales todos ellos. Como es el *Romeo y Julieta*, plateado en los claustros de San Juan de los Reyes; la *Distracción del artista*, donde refleja el calor de lo que fue su viejo estudio; *Hojas muertas*, *Oveja entre lobos*, la delicada y bella *Petenera*, donde nos demuestra que también era un dominador del difícil arte de la Acuarela.

Ya no podemos esperar otra cosa que estos temas, pues su alma se sentía dolorida, caminaba por la vida como un sonámbulo, siempre perdida su fantasía de Artista por las vértebras de esta ciudad doliente como él. Dicen quienes le conocían que vivía y trabajaba para sacar adelante a su pequeña hija. Pero también porque era ambicioso con el Arte; pues en estos años de 1868 crea una clase especial en la que se rompe con las viejas normas didácticas que imponían la copia sobre viejas láminas y hace que sus alumnos copien directamente del yeso. En 1877 le había autorizado la Diputación Provincial para crear una nueva clase de Estudios Superiores de dibujo, en la que enseña dibujo y pintura del natural; clase que, después de muchos años, hasta el de 1883, es completada con estudios de los alumnos más aventajados en su clase de Dibujo en el Instituto, cuya cátedra seguía ostentando, a los que enseña a pintar al óleo y a la acuarela. Crea además una clase de modelado y vaciado, de repujado y cincelado en hierro, todo en beneficio de los futuros artistas toledanos y sin cobrar una sola peseta; al contrario, tiene que aportar el

dinero para comprar los materiales. De estas enseñanzas y de su calidad hablan, mejor que lo hiciéramos nosotros, el escogido plantel de artistas que en ellas se formaron: el maestro Ramírez, Julio Pascual, Ventura Comendador, los Veras, Arredondo y otros colocados en puestos excelentes en la Fábrica de Armas.

Y llegamos a los años 1893-1894, fecha en que creemos que se encarga de la difícilísima tarea de restaurar el cuadro de El Greco "El Entierro del señor de Orgaz" cuadro que allá por el año de 1772, casi al cumplir el siglo de estar pintado, sufre la primera restauración; pues dice el libro de cuentas de la parroquia de Santo Tomás, que se pagaron al pintor Simón Vicente por la limpieza y otras cosas la cantidad de cuarenta y siete reales. Y también parece ser que, ya vencido el siglo pasado, el cuadro se encontraba en lamentable estado. Podemos decir que casi llamado a desaparecer. Por sus dimensiones es muy posible que estorbaba dentro de la pequeña capilla para donde fue pintado. Con este motivo creemos que se desclavó de su bastidor, se enrolló y se dejó en uno de los rincones de la sacristía, donde permanecía olvidado y lleno de arrugas y de polvo; allí fue donde le encontró Matías Moreno y de allí fue de donde lo sacó, como el que saca una perla del fondo del mar; sólo él sabía el valor de aquella joya que tenía entre sus manos; para salvarla de aquella posible destrucción entre la humedad y el polvo, es por lo que se hace cargo de la difícil restauración sin cobrar un céntimo por ello.

A la capacidad de este hombre importante se debe el que hoy podamos contemplar esta joya de la pintura universal, en este estado inmejorable en que él la supo dejar. Y es muy posible que a esta restauración se deba el descubrimiento de El Greco, porque al colocarse el cuadro en su sitio, tal y como lo vemos ahora, ni que decir tiene que surgió la admiración y asombro por este artista. Siendo entonces cuando se empezaron a buscar los cuadros por los distintos sitios donde estaban perdidos y abandonados, como todos sabemos.

Traemos esta nota aparte, con el fin de que se den cuenta del poco aprecio en que estaba la obra de este pintor, en aquellos años:

En el 1786, se tasaron los cuadros procedentes del Convento de Carmelitas de Madrid, entre los que surgieron dos de El Greco. El Cristo de medio cuerpo con la cruz auestas. Hoy en el Museo de El Prado.

El otro, era el famoso retrato del trinitario y amigo del pintor fray Hortensio (Paravicino). Estos dos ejemplares, que son de lo

mejor que salió de la mano del maestro, se tasaron en seiscientos reales cada uno.

En el siglo pasado, 1834, también se tasaron algunas piezas con destino a dicho Museo. Como fue el retrato de un médico, en 15.000 reales. La Trinidad, procedente del retablo de Santo Domingo el Antiguo, en 10.000 reales.

Y ahondando todavía más en este mismo aspecto, les diré cómo, don Federico de Madrazo, siendo Director del Museo unos años después, en el 1881 al mostrar al crítico de arte Carlos Justi, los cuadros de El Greco que se exhibían en una retirada sala, expresaba sus sentimientos por “no poder arrojar del Museo caricaturas tan absurdas”.

Luego todo esto, nos demuestra la poca estima en que estaba la obra de este pintor. Llegando a la conclusión que apuntábamos antes, que Matías Moreno, al hacer la restauración y dejar el cuadro en perfecto estado tal como lo vemos ahora, es cuando despierta a los ojos de la Humanidad, el genio que hasta ahora había permanecido dormido en las sombras de los retablos de las capillas toledanas.

Sobre esta restauración tenemos la opinión de un contemporáneo, el arqueólogo y escritor Sr. Olavarría, quien nos dice:

“Matías Moreno amaba mucho, delicadamente, a Toledo, y en Toledo amaba sobre todas las cosas y sobre todas las manifestaciones del arte, a los cuadros de El Greco. En aquellos tiempos en que el público, no ya el gran público, sino el pequeño, el de los artistas, no había comprendido aún la inmensa grandeza de Domenico Theotocópuli; tiempos en que la generalidad de los que veían sus cuadros volvían la vista a otro lado, sin tener ojos más que para ver sus incorrecciones y pasando sin fijarse ante sus bellezas. Aun hombres tan doctos, críticos tan suspicaces como Amador de los Ríos, se limita a calificar de apreciables y nada más que apreciables, a sus pinturas, incluso esa maravilla que se llama el “Entierro del Conde de Orgaz”.

“A este artista, enamorado de El Greco, se le confió la restauración del lienzo, orgullo y ornato de la parroquia de Santo Tomás. Lo tomó a su cargo como el cumplimiento de un acto de culto. De fray Angélico se dice que pintaba de rodillas los cuadros que representaban a Jesús; seguramente que cuando Matías Moreno restauraba el *Entierro*, su alma estaba de rodillas, como pidiendo perdón al arte por atreverse a rozar con sus manos y a acariciar con sus pinceles la obra de Domenico. Con el cuidado con que san Agustín y san Este-

ban levantan el cuerpo muerto del piadoso conde, así levantaría él en sus manos el arrollado lienzo... Los que entonces le vieron trabajar han contado sus afanes, sus días sin descanso, sus noches en vela, sus temores... hasta que por fin dio su labor por terminada, y el cuadro, fijo ya en el sitio que se le había designado, apareció a la vista de todos y de todos obtuvo el elogio que obra tan sorprendente merecía. Pocas restauraciones de cuadros antiguos se harán tan admirables como ésta...”.

Por estas notas del Sr. Olavarría sobre la restauración del *Entierro* podemos juzgar claramente a este hombre, a este artista, atento siempre a todas sus cosas, cumplidor hasta el máximo de su deber, de desbordante honradez y caballerosidad, porque del Arte se trataba.

Porque Matías Moreno, digámoslo bien alto, fue un gran caballero de su tiempo que siempre supo estar en su sitio y a la altura debida. Como el duro yunque, supo aguantar los golpes que la ingratitude le tenía reservados; su vida fue siempre una lucha, una lid noble y constante donde la tragedia, el dolor, no dejó de acometerle un solo momento. Pues cuando ya la tragedia familiar parecía haberle acosado más que suficientemente, aquella hija que él crió con tanto esmero, a la que hizo artista tanto de la música como de la pintura, se la arrebató el destino. El 1.º de mayo de 1897, apenas con veinte años de edad, falleció dejándole solo, avejentado, sin el calor de nadie y seguramente desesperado. Entonces contrae matrimonio en segundas nupcias con doña María Luisa Escudero, viuda de Villalba, el 25 de agosto de 1903; llegado ya a una edad en que sólo se busca la tranquilidad y el sosiego, asume sin embargo las responsabilidades de un hogar lleno de bullicio y de inquietudes nuevas, ya que esta mujer, muy bella según dicen, tenía nada menos que nueve hijas de su primer matrimonio.

Luego las circunstancias son las que por regla general suelen influir en la vida del hombre. Pero todavía hay algo más en el caminar de este artista, y es que para que no pueda tener el descanso que se merece, ni pueda disfrutar de su segundo matrimonio como es debido, para que su quebrantado espíritu no pueda dejar de sufrir un momento, echan sobre sus hombros la pesada carga de la dirección de la Escuela de Artes y Oficios de Toledo.

Conocemos las dificultades que tuvo que vencer de todos los órdenes, viéndose obligado a intervenir directamente en las obras como operario, por la limitación del presupuesto. Pues le entregaron un



local para organizar dicha Escuela, desprovisto de todo el material científico. El tuvo que costear todos los gastos, pues no había fondos para nada hasta el 26 de julio de 1902, en que le fue entregada la primera consignación, por la Excma. Diputación y por el Ayuntamiento de Toledo.

Son dignas de consideración las palabras pronunciadas por Moreno el día en que se inaugura el nuevo centro: "Asistimos, señores, a un acto importante y trascendental, uno de esos actos que ejercen influencia en la vida de los pueblos. Nada más útil, más elevado, más grande, que la idea del renacimiento de nuestras artes industriales. Ellas nos conducirán, dándonos la independencia que no tenemos, a vivir de nosotros mismos; ellas señalarán al obrero un derrotero más suave y fácil para alcanzar una vida más holgada. Ellas nos harán marchar verdaderamente a nuestra regeneración, permitiéndonos poder tratar nuestras amistades y diferencias en igualdad de circunstancias con las naciones florecientes; porque, señores, todos sabéis que el camino de la ignorancia es el camino de las humillaciones y de las vergüenzas.

"Ninguna población más a propósito para emprender toda clase de trabajos artísticos, toda clase de trabajos serios, toda clase de trabajos útiles, que la ciudad hermosa en que vivimos.

"¡Toledo!, sabia y venerable anciana, siempre dispuesta a enseñar a las generaciones los conocimientos artísticos en el libro que los siglos le legarán, libro de brillantes páginas de oro, llenas con los grandes hechos de sus nobles hijos. Todo aquí es arte, todo aquí invita al estudioso a la meditación; los monumentos grandiosos nos salen al paso y nos asombran con sus maravillas y con la naturaleza riente, tan cantada por los poetas.

"Hasta la luz que calma la soledad en que la vieja ciudad vive, como agobiada bajo el peso de largos siglos de gloria, como anciano luchador doblegado bajo la pesada armadura, hace de ella un santuario de silencio, a propósito para la lenta elaboración del pensamiento".

Matías Moreno fue, en aquella época, un precursor de las nuevas formas en la enseñanza y en el trabajo. Se adelantó a estos tiempos, en los que todo se ha desfigurado, y en donde las artes industriales han acabado por dominar todas las ramas del arte actual. Por eso lucha él y trabaja en contra de la corriente de aquellos tiempos,

creando clases para enseñar a sus alumnos, creando Escuelas de Artes Aplicadas para engrandecer a nuestra patria.

En las palabras que hemos transcrito, engarzadas en aquella trascendental inauguración, dejó reflejada su clara visión del porvenir. Matías Moreno era enormemente fecundo en sorpresas y en iniciativas; y así nos asombra lo mismo cuando se estudia su obra que cuando se profundiza en su vida, azarosa pero ejemplar. Creo que todo lo que les he relatado sobre este artista, aunque sea por encima, es suficiente para que tomemos conciencia de él y de su obra; y para que en adelante se le conozca como lo que en verdad fue, una gloria para el arte español y naturalmente para Toledo.

Dejaremos para otra ocasión el relato de las contrariedades que le produjo la dirección de la Escuela, pues hay quien dice que la muerte le sobrevino de los disgustos que le acarreó. Diremos solo, ya para terminar, que su obra se expuso en numerosas exposiciones españolas y extranjeras. Así, en 1866, obtuvo la medalla de tercera clase en Madrid, con un *Retrato de señora*; con su cuadro sobre *Alfonso el Sabio*, obtiene una segunda medalla en 1881; en 1884 es galardonado con la cruz de Carlos III. También fue premiado su cuadro *Un ensayo al órgano*, que fue adquirido por el Estado. Hay muchas recompensas más que no hemos podido encontrar de momento. Fue también Correspondiente de la Real Academia de San Fernando y concejal del Ayuntamiento toledano, falleciendo en el desempeño de este cargo.

Nos dice una hija de su segunda esposa, D.<sup>a</sup> María Luisa Villalba de Pérez, que "dejó en sus últimas disposiciones ser enterrado en lugar sagrado, pero en sitio aislado, en caja de madera sin cepillar ni pintar y ser llevado en hombros de cuatro pobres". Tan modestas disposiciones no pudieron cumplirse por ser concejal al fallacer, por lo que sobre su ataúd se colocó el tapiz del Ayuntamiento y fue acompañado por la Corporación, bajo mazas como es costumbre. Todo Toledo se sumó a su entierro, realizado un domingo a las 5 de la tarde. En el Archivo Municipal toledano he podido examinar, gracias a su archivero Sr. Palencia, la instancia que su viuda, D.<sup>a</sup> María Luisa Escudero, elevó a la Corporación solicitando que se diera el nombre de su esposo a la calle que limita una de las fachadas de su casa, instancia fechada el 28 de abril de 1917 y sobre la que se adoptó, como era de esperar, acuerdo favorable, con fecha 26 de

junio de 1922. La partida de defunción se halla en el libro núm. 9 de la parroquia de San Martín de Tours, fol. 172, y dice así:

“Matías Moreno, hijo de Vicente y María del Carmen, fallecido el 7 de julio de mil novecientos seis, fallecido de infección gripal de carácter adinámico.—Enterrado en el Campo-Santo de Nuestra Sra. del Sagrario. Estando casado de segundas nupcias con D.<sup>a</sup> María Luisa Escudero Requejo, viuda de Villalba”.

CECILIO GUERRERO MALAGÓN

*Numerario*